

# La lluvia es mujer

Valeria Padilla Yeverino



# BLOCH

# BLOCH

<https://revistabloch.uanl.mx/index.php/b>

**La lluvia** es mujer

*Valeria Padilla Yeverino*

Universidad Autónoma de Nuevo León Facultad de Filosofía y Letras

## Editor:

Valeria Padilla Yeverino

## Copyright:



© 2021, Valeria Yeverino. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.

**Recepción:** 28 de junio de 2021

**Aceptación:** 29 de junio de 2021

## Email:

valeria.yeverino.padilla@gmail.com

## La lluvia es mujer

No podía desacelerar a mis manos, buscaban inquietamente nada por los bolsillos de mi falda. Trazar las palabras exactas, para dar un respiro al íntimo ventarrón pronunciado en mí, resultaba fatal, como dejarse ir en el mar en medio del diluvio. La infamia de la soledad punzaba mi sangre, quería reír, pues intentar negarme lo que el fondo de mis pensamientos cruzaba, era absurdo. El aire se abría paso, como si los árboles del parque suspiraran su nombre «Érika, Érika, Érika». Me parecía que las nubes inspiraban sus augurios en la sonrisa de Érika. No había nada en su naturaleza que yo no adorara estrepitosamente. Vivir silenciándolo habría sido una pena más honda que mi creciente querer.

«Hoy todo estudiante con vergüenza es revolucionario» clamaba la manta que preparaba junto a mis compañeras en el piso del aula. Afuera bajaba la lluvia de septiembre, se podía ver desde los pasillos como las gotas formaban diáfanos aros al alcanzar los charcos. Era como un suspiro del verano que no tardaba en mudar y que era fácil de reconocer apenas asomándose. Comentábamos lo último sucedido y que sacudió muchísimo a todos los estudiantes de la facultad: Mientras los de Letras repartían volantes cerca de Ciudad Universitaria, un par de granaderos desaparecieron en su auto a la líder del contingente, desde el incidente, nada se sabía de ella. Entonces, con la fugacidad en que emerge un pensamiento, el azar que es lo mismo que el destino, acertó en su tajante juego esa tarde. El ruido de la junta se cortó de pronto y la atención cedió a la presencia que arribaba: «¡Érika! Entra, entra ¿Cómo estás?» Llamó en un tono de amabilidad la compañera frente a mí, alargando una invitación con su mano hacia la puerta. Ojalá me hubieran anticipado ese nombre, quizás la figura de su ausencia en los rincones del verano, hubieran sido más llevaderos tan solo previéndolo. Apareció frente a mí sonriendo, hundí la mirada en sus cabellos rizados, parecían surcar el impermeable blanco que traía encima. Verla, me conseguía una sensación similar al sobresalto de dos miradas que se corresponden. La sobriedad de sus facciones y su andar me hacían temer, como si supiera desde entonces que iba a llevarse de mí, más de lo que solía ser antes de conocerla. Su simpatía le ganó rápidamente un espacio en el círculo. Érika y mi compañera, nos relataron como iniciaron una amistad luego de conocerse en una de las reuniones del Consejo. Fuera de su morena belleza y el carisma que nunca se le escapaba, terminó de atrapar mi interés cuando mencionó lo mucho que le complacía escribir. Le pedí que nos compartiera alguno de sus textos pero se negó apenada, nunca supe si fue la intimidad que vaciaba en sus palabras o sencillamente no deseaba hacerlo en ese

momento, pero aguardó a que nos encontráramos solas para dejarme escuchar lo que guardaba en su libreta.

«Te amo,

Aunque me falten las razones para hacerlo.

Mi amor por ti,

Ha sido la pena más inútil,

Y la maravilla más solitaria.»

Pronunció repartiendo su mirada entre mi atención y las letras. De ese modo, supe que eran sus ojos negros y la pueril vivacidad tras ellos, los que añoré si quiera advertir de allí en adelante, así fuera entre la multitud, así fuera en la punta del cielo que se levanta por la noche. Creo que ambas nos encontrábamos la una en la otra, lo terrenal y lo surrealista se tocaban por un instante cada que nuestras sonrisas coincidían. Un jueves por la tarde, descansábamos recostadas sobre la cajuela de su auto, conversamos tanto que la noche nos tomó por sorpresa, me emocionaba cada una de sus palabras y la manera en que compartíamos la conversación, como si acabaran de dotarnos de la habilidad de hablar. Sentía que a su lado el aire era más grato y que el tiempo encontraba su contraparte en nosotras. Entonces la lluvia nos alcanzó, como en el día en que nos conocimos, se río del hilo que finge vanamente la distancia, esa mínima laguna que divisa y que de la atracción siempre termina escapando. Entramos soplando burlas al auto, exigiendo prisas, como si la lluvia tuviera intenciones y nos las estuviera revelando en su cómplice jadeo gris. Érika encendió la radio como por costumbre y tomó mi mano «Que solo y triste voy a estar, en este cementerio. Que calor hará sin vos en verano» saltaba de la bocina. Nos bastó solo un instante para adivinarnos en la oscuridad y ceder al clamor del aire al que las nubes le seguían el paso, sentí como la distancia entre su cuerpo y el mío convertía en lenta candidez. De todos los sueños y libertades que imaginé, ninguno se sentía así, afuera y adentro, la vida brillaba lo indefinido de lo siguiente. Pensé en lo solía decir mi madre, «Un día, sin saberlo, estás viviendo un momento maravilloso, y tan pronto como terminas de encararlo, al abrir los ojos, no puedes creer lo lejos que estás de él», me aferré al abrazo de su boca y al descanso de sus manos por mi pecho. Entonces, mi cuerpo abandonó su estática, se entregó a la agonía de la carne y lo mortal, y solo por un momento, la firmeza a la que estaba sujeta mi mente, se nubló. Cuando recobré el sentido de lo tangible, no pude evitar comenzar a olvidar los horizontes.

—Hay algo en mi corazón que no deja de llevarme hasta ti. — Me dijo Érika oculta en la curva de mi cuello.

—Tengo miedo, Érika.

—¿Miedo a qué?.

...

Pasaron algunos días, Érika y yo seguíamos viéndonos por los pasillos de la universidad. Lejos de que el hallazgo nos acercara, justo como imaginé que sucedería, parecía más bien, que lo ocurrido se hubiera desvanecido. La miraba desde los libreros de la biblioteca, respirando tranquila poesía, como era muy su costumbre, su estado más habitual. Intenté llamarla con furtivas coincidencias, caminando cerca suyo cuando así lo exigían las distribuciones de la facultad, pero por más que deseé atraerla, mi presencia era en vano, era como si no pudiera reconocerme. Entrañamos en la otra una tácita huella, desde el momento en que olvidamos la individualidad y nos habitamos justas, entregadas, por eso es que no lo comprendía, por más posibilidades que mi cabeza creara, ninguna alcanzaba para dar explicación a su pronto olvido.

Ya la música de la radio me parecía insoportable y la lluvia se sentía como vidrios cayendo. Al amanecer, cuando los pájaros se disponían a entonar la mañana, me asaltaba de inmediato el eco que Érika me había sembrado. «Que solo y triste voy a estar, en este cementerio. Que calor hará sin vos en verano», traía de vuelta el viento. Era como haber sembrado una flor, solo para mutilarla tan pronto como empezó a dejar atrás al suelo, ¿Qué iba a hacer yo con esta vastedad, en lo ínfimo de mi abandono? ¿A dónde llevaría a morir a mis ilusiones?.

«Te veo en el parque de la Paz», recuerdo haberle dicho a Érika por teléfono uno de los últimos días de septiembre. Ese día la olvidé un poco menos, pues me encontraba estudiando una de sus obras favoritas, Mujer que sabe latín, cuando inesperadamente sonó el alarido de la llamada entrante. Lo descolgué con la indiferencia de siempre y lo coloqué en mi oído.

—¿Sí?.

—Tengo que decirte algo. —Dijo sin más la voz al otro lado, como previendo que sabría de quien se trataba. Acertó.

El desentendimiento pobló a mi cuerpo. Su voz me había regresado un avivado lugar a los siguientes días. Pensé en lo que podría suceder, y desde que pactamos un encuentro, no pude evitar comenzar a precipitar un futuro, y me convencí, que sin importar que, no guardaría mi sentir por ella. Esperé hasta que arribó la tarde en que nos veríamos de nuevo, conté los transeúntes tristes de camino al parque: tres con la sonrisa acabada, siete enajenados y catorce que parecían no estarlo, pero luego de invadirlos largamente, la mirada finalmente habló en su contra. «Te traje algo» Fue lo primero que Érika me dijo al acercarse a la banca donde estuve esperándola inquieta. De su bolsa extrajo una postal colorida y me la extendió «México 68» decía el diseño del pequeño cartón adornado con la imagen de los aros olímpicos, «Me la regaló mi papá en la mañana, y pensé en ti, dale la vuelta» prosiguió. Me extrañó un poco su gesto, pues de sobra sabía que además de mi

indiferencia hacia los deportes, no estaba en nada de acuerdo con la manera en que el gobierno estaba llevando a cabo los preparativos para los juegos. La emoción me hizo girar la postal rápidamente, sentí como el frío en mi corazón lentamente desaparecía. «2 de Octubre de 1968, Distrito Federal. Quisiera estar contigo toda la vida, desearía no tener miedo, pero te amo y eso es suficiente, dime que me amas también y me quedaré contigo» Me levanté enseguida y mi cuerpo reaccionó lanzándome hacia ella. Deseé que nunca más nos separáramos. Esa tarde fui muy feliz, porque su presencia era como el verano, me aliviaba su espacio, entendí al equilibrio, no hay amor, por más brillante que este sea, que no conlleve un dolor, a la medida de su hondura. Hablamos de todo lo que nos faltaba por sentir, no planeamos nada, pero sentimos la certeza del porvenir en nuestros gestos.

—Tengo que irme.— Dijo Érika

—Quédate más.

—Tengo que irme, el Consejo debe estar completo para la marcha de hoy.— Respondió tomando mi mano y sosteniéndola con cariño. —Te amo.

Se levantó, poco a poco vi como su silueta desaparecía en la distancia, verla marcharse es lo último que me quedó de ella. No puedo dejar de preguntarme hasta cuando sentiré su profundo rastro.